

El Entierro, por Karla Sánchez

En uno de esos caseríos con paredes de ladrillos, donde la privacidad era un concepto desconocido y la inseguridad era lo único seguro, se escuchaban los gritos de los desesperados miembros de una familia ante la urgencia de enterrar el cuerpo. El cielo venezolano, acostumbrado a ser testigo de malas noticias, ignoró la disputa familiar que se desarrollaba en aquellas manchadas y agrietadas paredes.

—Vieja, yo te dije que podía hablar con los vecinos y esa gente no se va a negar a ayudarnos. A mí no me interesa subirme así sea pal metro pa' pedí plata. Algo hay que hacer.— comentó el más alto de los hermanos mientras gesticulaba violentamente con las manos.

La madre, que seguía sentada en la silla de mimbre, no había dejado de llorar. Los otros dos jóvenes, cabizbajos, murmuraban entre dientes. Fue la hermana quién alzó la voz:

—Tú tas' claro de cuánto cuesta un velorio y un entierro, ¿no?— preguntó con tono desafiante—Ni vendiendo el alma de los cinco alcanzaremos a pagar la mita'. Pero 'ta bien, si tú quieres ir a peldel tu tiempo en la calle, ¡anda! Aquí nosotros resolvemos.

Sobre una tabla de madera vestida con un mantel floreado yacía el cuerpo del bebé. Con una delgada manta encima que apenas alcanzaba a cubrir su frágil abdomen y parte de las piernas. No era lo suficientemente larga para ocultar los delgados huesos que se asomaban en su tórax. A sus escasos tres meses, el pequeño apenas midió 40 centímetros y el peso no aparentaba ser más de 4 kilogramos. La palidez comenzaba a tornarse violeta en algunas zonas y las moscas habían iniciado su festín hacía rato posándose en la boca y nariz del pequeño. Su piel, con diminutas escamas blancas, parecía concha de melón a causa de la poca ingesta de líquido o por la constante expulsión de esta. Bueno, eso habían dicho en la jornada de vacunación del mes pasado. Ya no importaba.

“Fue mi culpa, yo sé que fue mi culpa”, se escuchaba entre sollozos a la madre que golpeaba débilmente sus propias piernas. La muchacha que había hablado anteriormente se acercó a sobar su cabello mientras le susurraba todos los esfuerzos que hicieron “pa' que la papa no faltara”. Aun así, faltó.

—Miren... ¿y si lo metemos en una caja y ya?— se atrevió a sugerir otro de los hermanos—Él no es tan grande y, bueno... No hay plata pa' más. En el porche hay espacio y tierra...

“Conmigo no cuenten”, habló de nuevo el más alto y salió con un portazo de la casa no sin antes haberle dado un delicado beso en los pies al cadáver. Los otros dos hombres comenzaron a mover el frío cuerpo para meterlo en una de esas cajas de cartón que recibían una vez por mes. La rigidez hubiese hecho difícil el trabajo, pero el tamaño del bebé fue exacto para su final.

La muchacha, luego de unos minutos, se acercó con pico y pala en mano. Así salieron todos por la puerta trasera, excepto la mamá. Ella aun lloraba en la silla de mimbre por la vida que se fue sin conocer lo que era calidad. Aunque en el fondo lloraba de lastima

por sí misma, por tener que seguir viviendo en las condiciones que causaron la muerte de su pequeño.